Juan Cano Ballesta

MIGUEL HERNANDEZ Y LA CRITICA LITERARIA

(Con dos textos olvidados)

Es éste un aspecto hasta ahora totalmente ignorado de la actividad literaria de Miguel Hernández. Amistades, situaciones de compromiso y el contacto con escritores admirados, le fueron introduciendo en los secretos y las técnicas de la función crítica. Ya en el horno de Efrén Fenoll, cuando Miguel era todavía un adolescente, se discutía de novelas, poetas y prosistas, preferentemente de la región alicantina. De aquellas conversaciones surgían artículos de crítica que trataban de orientar a un amplio público desde las páginas de periódicos locales de Alicante. Así ocurrió con el libro **Oriolanas** de José María Ballesteros Meseguer (Orihuela, 1897-1939), del cual se ocuparon casi todos los miembros del grupo de escritores oriolanos entre los que se formaba el espíritu del joven Miguel. «El escritor ha sabido coger a Orihuela en sus girones humanizados y los ha sabido trasladar a la vida de un oriolano», escribía Ramón Sijé. En torno a este libro hizo Miguel Hernández sus pinitos de crítica literaria todavía en verso y con gesto admirativo. Lo que más impresiona al ingenuo pastor, que ya sueña con su primer libro, es la difusión —el volar de la fama por ciudades y pueblos— de un título, **Oriolanas,** y un tema a él tan caro, «retrato de la tierra del perennal abril», que «copiaba la vida de su vida» (1).

---

(1) Véase Claude Couffon, *Orihuela et Miguel Hernández,* Centre de Recherches de l'Institut d'Etudes Hispaniques, Paris, 1963, p. 75 y Vicente Ramos, *Literatura Alicantina,* Alfaguara, Madrid-Barcelona, 1966, pp 250 ss.

Le impresiona el realismo, la fiel reproducción mediante la palabra artística de su paisaje y su ciudad, con su leyenda y su historia:

¡Allí estaba su vega con huertos y barracas,
estaban sus jardines de rosas y albahacas,
estaba su Orihuela...

...sus templos majestuosos de sobria arquitectura,
sus poéticas callejas, su bienhechor Segura
y su castillo, al cielo lanzándose triunfal.

Es más bien un canto entusiasta, un panegírico de admiración e ingenua emulación.

Dos semanas más tarde llega a sus manos un libro de poemas de Juan Sansano: **Canciones de amor** (2). Muy poco es lo que del contenido de tal obra se refleja en la reseña; tal vez su sonoridad rítmica, su ternura y el «aroma algo social» de la trova «El molino». La gratitud hacia el dueño del periódico alicantino **El Día,** que le había publicado varios poemas, le arranca el tono también panegírico. A **Canciones de amor** alude posteriormente en su tríptico de sonetos a Juan Sansano, en que habla en versos rotundos de

...una novia hermosa
tuvo, a la cual dio fama en cien canciones. (3)

Pero todo esto son ingenuos tanteos de crítico incipiente. Sólo prueban que el joven pastor se ocupa de reflexionar sobre sus lecturas.

El comentario al libro **Trasluz** de Pedro Pérez Clotet (Cádiz, 1933), fue publicado el 20 de diciembre de 1933 en el **Diario de Cádiz.** Se imprime en primera página acompañado de una foto con el rótulo «Pedro Pérez Clotet, poeta de nuestra provincia, autor del libro de poemas **Trasluz».** Obtuvo mayor divulgación en los ambientes literarios de toda la península por el extracto que de él apareció en hoja suelta de **Isla.** En él se revela una mayor

(2) Hago referencia al poema «A Sansano, por su libro *Canciones de amor*», *El Día*, Alicante, 19 junio 1931, reproducido por Vicente Ramos, *Literatura Alicantina*, p. 299.

(3) Estos sonetos pueden verse en Juan Cano Ballesta, *La poesía de Miguel Hernández*, Gredos, Madrid, 2.ª ed. 1971, p. 321.

madurez crítica, si bien el cultivo de la prosa poética, a que se entregaba por aquellas fechas, y la falta de oficio condicionan este comentario que se mantiene en mera evocación del ambiente apropiado para «realizar» o actualizar sus poemas. No le faltan atisbos certeros como el de la actitud purista del poeta que insinúa en la primera línea: «para una edición en cristal». A pesar de su amistad con el director de **Isla,** revista en que publicó varios poemas, se echa de ver una incipiente discordancia de concepciones poéticas que su honradez no le permite disimular. Es el momento en que comienzan a conmoverse sus firmes creencias juveniles provocando la gran crisis estética e ideológica (4) que le hará enfrentarse con los ideales de la poesía pura. **Trasluz** es un libro «bello excesivo»: es lo que le tiene que objetar Miguel Hernández. Su tono es demasiado sereno, bueno «para alternado con San Juan y Fray Luis». Es el libro que hubiera escrito Adán en el paraíso antes del pecado, «ante la sencillez y graciosidad pura de sus primeros ojos». Insinúa que la vida después del pecado no es así; no nos permite esa serenidad y pureza original. La poesía, en consecuencia, fiel reflejo de aquélla, tampoco debería permitirlo. Sus ideales estéticos divergen esencialmente de los del poeta gaditano. Su integridad le obliga a hacerlo notar.

Pero la obra maestra en este género es sin duda su ensayo crítico a la **Residencia en la tierra** de Pablo Neruda. Hace tiempo merecía ser exhumado este documento desconocido —entre otros muchos— por los editores de las **Obras Completas** de Miguel Hernández (Losada, Buenos Aires, 1960), y por casi todos los estudiosos del poeta. Es de extraordinario interés por exponernos con detención y de una manera explícita la estética o teorías poéticas que privaban en su mente por estas fechas, y por ser el más importante de los dos trabajos críticos de un cierto nivel que escribió Miguel Hernández. Si bien se trata de una crítica entusiasta —y él mismo nos advierte del peligro que para él significa el escribir sobre la **Residencia** de Neruda—, en ella le sorprendemos por primera vez en el intento de enfrentar-

---

(4) Véase mi extenso y detallado estudio «Miguel Hernández y su amistad con Pablo Neruda (Crisis estética e ideológica a la luz de unos documentos)», *La Torre,* Revista general de la Universidad de Puerto Rico, núm. 60, abril-junio 1968, pp. 101-141.

se con la creación artística no desde la ladera del creador, sino desde la del crítico que se esfuerza en buscar el por qué de su entusiasmo por la poesía del vate chileno.

El sencillo poeta-pastor convertido en crítico sabe enfrentarse dignamente con problemas fundamentales como el de la relación entre creación por la palabra artística y formas métricas, pero también penetra hasta las raíces del fluir lírico y estudia el sentimiento, la soledad, el corazón como fuente de poesía frente al cerebro, la sangre frente a la razón, logrando valorar el torrente lírico que de tales veneros brota y «todo lo arrastra en su corriente turbia y tormentosa» para ir siempre a desembocar en los temas obsesionantes del tiempo y de la muerte. Se revela un crítico perspicaz que sabe captar aspectos esenciales de la poesía nerudiana. No habla en el frío lenguaje de la crítica profesional, pero tiene atisbos que ésta no ha hecho sino confirmar. Todas las comparaciones que le sugiere la **Residencia** de Neruda recuerdan el estrecho contacto de éste con la naturaleza pletórica de vitalidad, desbordada y salvaje, pero amenazada y en descomposición: es «un roble con la piel descortezada», «un tronco desgarrado»... Resalta su «insatisfecho, tremendo y desengañado sensualismo», y con tino señala los diversos registros que su poesía toca. «Su voz pasional, desolada, tierna y lúgubre siempre, es a veces sorda y mansa como la de un tambor apaleado lleno de tierra, y a veces, furiosa y fatal como la del hacha». ¡Qué lejos está Neruda del entusiasta cántico a los seres de la naturaleza! A él los objetos le causan dolor. «Las cosas, las adoradas cosas, lo atormentan y lo inundan». Todas entran en su canto, y es que «su sangre está siempre atenta al llamamiento enamorado de las cosas». Lejos de toda depuración, en su poema caben todos los objetos con que el poeta tropieza, por sucios o innobles, por impuros que sean. Su canto todo lo arrastra. Y es que el contacto con su mundo se realiza a través del corazón, no del intelecto. «Digo que Pablo Neruda va a las cosas con el corazón, no con la cabeza». También el problema de la forma preocupa al joven crítico. Miguel, cansado en aquel momento de crisis de 1935 del metro clásico, admira los «versos completamente anárquicos» del poeta chileno, en que «la forma ha sido vencida y superada» y se entusiasma ante su actitud intensamente existencial, que «encuentra las imágenes más trágicas y angustiosas para expresar el desamparo de su soledad».

Miguel Hernández logra tomar el pulso con acierto a los gustos del Madrid de 1935, que, fatigado de ciertos abusos de poesía cerebral y purista, palpaba en todas direcciones en busca de un horizonte más aireado. Además se da perfecta cuenta de la gran trascendencia de las innovaciones poéticas aportadas a la lírica española por el libro de Neruda: la **Residencia** «viene a empequeñecer y derribar cosas consideradas hasta hoy como grandes y resistentes». En esta circunstancia precisa cobra gran importancia el esfuerzo poético del vate chileno, puesto de relieve por el poeta levantino, y la crítica de éste tiene el valor de aguda diagnosis del momento artístico y de clamoroso pregón en favor de una renovación poética. He aquí los dos textos críticos desconocidos:

1) **Trasluz** de Pedro Pérez Clotet (Isla, Cádiz, 1933).

Para una edición en cristal o en alas traslucientes de cigarras. Gozaría éste y aquél leyéndolo a contraluz, a trasol; el día detrás de las páginas incoloras, luminosas por él que fomentaría su lectura haciendo resaltar con ahinco, hasta mostrarlas casi con volumen, sus letras de Etiopía.

Bajo mi limonero padre, realizo los poemas de **Trasluz,** vuelvo a realizarlos, gozosamente, como si yo los concibiera. La lumbre se me gasta, sabrosa, mientras leo, y sigo leyendo a la lumbre en paz de lucero poniente y plenilunio.

Es propicia a la mocedad del otoño, con aspecto de estío la luz y los paisajes a ciertas horas, la lectura de este libro.

Para alternado con San Juan y Fray Luis sin inconveniente. Es el tiempo de las voces pacíficas por serenas.

Trasluz, creedlo, me ha faltado: bello excesivo.

Desnudo, adánico como Eva. Adán, siendo poeta, hubiese hecho un libro así, ante la sencillez y graciosidad pura de sus primeros ojos.

El «aquí» del poeta, su provincia, su mar, su monte, su viento, su campo, su chopo, su palma, su olivo de su «aquí» están hechos aquí, por su gusto y sabiduría de aquí y de allá y de acullá: provincia del mundo, Mediterráneo de todos, monte hi-

malaya, viento políglota, campo, chopo, palma y olivo universales.

Andalucía se dilata, acordeón de tierra soleado, cunde sobre el mundo. Y el mundo se pone andaluz y moreno.

Trasluz. Canta (?) «Una» en su corazón barítono.

Trasluz. Agil, majestuoso, campesino, marítimo, montés, celestial.

Y de la familia de los sensuales.

Escojo lo más bello de su belleza, o lo que creo más bello, y me lo guardo para siempre (5).

2) Residencia en la tierra

Poesía 1925-1935. Pablo Neruda.

Ha llegado este libro a mis manos, y su lectura —repetida inagotablemente— se graba para siempre en mi sangre.

Es una guitarra del corazón la que oigo, es un Pablo del corazón el que veo ante mí, cubierto de relicarios de barro, triste y amargo, húmedo y sonando como una íntima raíz al arrancarse. Es un roble con la piel descortezada, las heridas del hacha y el tiempo al aire, el tronco desgarrado y el alma hecha aposento de pájaros afligidos; un río invernal lo ataca, lo recome y lo deja con las raíces en carne viva sobre las orillas donde truenan toros enamorados.

Necesito comunicar el entusiasmo que me altera desde que he leído **Residencia en la tierra.** Ganas me dan de echarme puñados de arena en los ojos, de cogerme los dedos con las puertas, de trepar hasta la copa del pino más dificultoso y alto. Sería la mejor manera de expresar la borrascosa admiración que despierta en mí un poeta de este tamaño de gigante. Es un peligro

---

(5) Esta obrita apareció en el *Diario de Cádiz* (20 diciembre 1933, p. 1) y es también desconocida de los editores de *Obras Completas* de Losada y de los preparadores de otras ediciones de textos en prosa como la de María de Gracia Ifach *Dentro de luz* (Arion, Madrid, 1957), libro de prosas hernandianas que recoge opúsculos precisamente de esta época. La hemos podido hallar gracias a la generosa ayuda que nos ha prestado desde Cádiz la Srta. Consuelo Yuste Pitalúa, maestra nacional.

para mí escribir sobre este libro y me parece que no diré casi nada de lo mucho que siento. Temiendo escribo.

La forma

Hay poetas cuya voz cabe en un dedal, en un verso de tres sílabas; hacen mal en extenderse hasta el alejandrino. Se parecen a los ríos que llevan mucho lecho y ningún caudal.

La voz de Pablo Neruda es un clamor oceánico que no se puede limitar, es un lamento demasiado primitivo y grande, que no admite presidios retóricos. Estamos escuchando la voz virgen del hombre que arrastra por la tierra sus instintos de león; es un rugido, y a los rugidos nadie intenta ponerles trabas. Busca en otros la sujeción a lo que se llama oficialmente la forma. En él se dan las cosas como en la Biblia y el mar: libre y grandiosamente. Canta como un profeta desventurado:

Yo lloro en medio de lo invadido, entre lo confuso,
entre el sabor creciente, poniendo el oído
en la pura circulación, en el aumento,
cediendo sin rumbo el paso a lo que arriba,
a lo que surge vestido de cadenas y claveles,
yo sueño sobrellevando mis vestigios morales.

Y advierte en su canción:

Nada hay de precipitado, ni de alegre, ni de forma orgullosa;
todo aparece haciéndose con evidente pobreza...

La desconsolada lluvia, que sólo sabe prodigarse y llorar,

se me parece, con su desvarío, solitaria en el mundo [muerto...

La lluvia,

rechazada al caer, y sin forma obstinada.

Rehuye la crueldad del perfil, le repugna el frío de lo premeditado y artificioso: la forma obstinada. La poesía no es cuestión de consonante: es cuestión de corazón. Exige prácticas del consonante al joven que empieza y al viejo que no acaba. Basta con que Pablo Neruda diga en versos completamente anárquicos:

Hecha de ola en lingotes y tenazas blancas,
tu salud de manzana furiosa se estira sin límites,

el tonel temblador en que escucha tu estómago,
tus manos hijas de la harina y del cielo...

para que no se pueda pedir más; la forma ha sido vencida y superada.

El solitario poeta

El hombre anda solo por el mundo; pero por lo general no lo sabe. Se da cuenta de la infinita soledad del hombre que además de hombre es poeta. Para él están reservadas desde el principio las terribles tempestades de la soledad. Pablo Neruda, el solitario poeta, se sabe profundamente solo y se queja de su soledad, que aumentan los muertos con su silencio y los vivos con su trato. Esa queja de su soledad está manifiesta en toda su poesía de insatisfecho, tremendo y desengañado sensualismo. Su voz pasional, desolada, tierna y lúgubre siempre, es a veces sorda y mansa como la de un tambor apaleado lleno de tierra, y a veces, furiosa y fatal como la del hacha. Parece estar rodeada de desiertos, mares y crepúsculos lluviosos,

Fiel como una condena a cada cuerpo...

Como el sueño que canta genialmente, la soledad lo sigue,

Hay mucha sombra, muchos acontecimientos funerarios
en mis desamparadas pasiones y desolados besos...

Insatisfacción, dolorosa insatisfacción inapagable, demuestran estos versos. Encuentra las imágenes más trágicas y angustiosas para expresar el desamparo de su soledad:

y por un agujero de alfiler corre un río de sangre sin
[consuelo...

Busca una comparación de su soledad y la encuentra y nos sobrecoge terriblemente. Es

...una sola botella
andando por los mares...

Es el sur del Océano, «esa región tan sola», donde

no hay nadie sino el viento, nadie
sino la lluvia que cae sobre las aguas del mar,
nadie sino la lluvia que crece sobre el mar.

Es el vino,

...el vino amargamente sumergido,
el vino ciego y subterráneo y solo...

En medio de ese desamparo, el remedio es llorar, desesperarse, cansarse a grito tendido:

Sucede que me canso de ser hombre.
Sucede que me canso de mis pies y mis uñas
y mi pelo y mi sombra.
Sucede que me canso de ser hombre.

El remedio es esperar en su desesperación la repetición monótona del tiempo, y los días lo ven llegar con su «cara de cárcel»...

...porque estoy triste y viajo,
y conozco la tierra, y estoy triste.

El corazón

Hace unos días me pidió una muchacha lejana y querida: «Escríbeme una carta que te salga del corazón». Yo le hubiera mandado versos de Pablo Neruda. Su poesía tiene para mí mucho de eso; es como una sucesión de cartas y cartas amorosas, íntimas, familiares, de despedida y muerte, saliendo y saliendo inagotablemente del corazón.

Cuando la tristeza nos hace dar con la boca en el pecho, la lectura de un libro triste nos consuela. Me ha descansado este libro al pasar el otoño entre la luz vespertina de todas sus horas y las hojas azotándome la cara. Son cosas del corazón las cosas que lo inundan, asuntos del corazón que no podrán comprender los que tienen por corazón una oficina, o una maquinaria. Me irrita oir a los oficinistas de la poesía, me angustia ver este libro entre sus manos. Si se pudiera impedir la entrada a las narices —porque son las narices y no el corazón lo que meten en un libro de poesía— de estos hombres, pediría fervorosamente que se les impidiera. Cuando comentan perjudican.

Para poder respirar la atmósfera del libro de Pablo Neruda se necesita una imaginación muy trabajada, no muy trabajosa, y un corazón de sentimiento y guitarra. No tiene derecho el super-

ficial que llega y tropieza en sus poemas a decir ni pío, que es lo más que puede articular su frivolidad de gorrión.

Para ellos no se escriben sangrientamente cosas como ésta:

Oh niña entre las rosas, oh presión de palomas,
oh presidio de peces y rosales,
tu alma es una botella llena de sal sedienta,
y una campana llena de uvas es tu piel.

Uno de esos «ellos», folletinista, filósofo, editor y algo, hizo una antología de las mil mejores poesías castellanas —según él—, y colocando —naturalmente— algunas tristes tonterías suyas, puso como ejemplo de mala poesía estos versos de Pablo Neruda:

Bajo las tumbas, bajo las cenizas,
bajo los caracoles congelados,
bajo las últimas aguas terrestres,
vienes volando.

Pero me olvido del corazón, que es mi faena, ocupándome de nadie. Digo que Pablo Neruda va a las cosas con el corazón, no con la cabeza. Rodea las cosas de insignias del corazón, y se arrodilla ante ellas para darlas como perdidas, aun teniéndolas bajo su poder. Un sentimiento de pérdida irreparable alienta en toda su poesía. Canta siempre como desposeído de algo idolatrado, como si le faltara el calor de la criatura más entrañablemente querida.

Como si la vida no tuviera remedio, como si se hallara moralmente herido y derribado bajo el peso de una desgracia inmensa, exclama:

Mi corazón es tarde y sin orillas...

No encuentra orillas a qué acogerse. Parece hablar por boca de la botella flotante y desamparada en alta mar. Me da este verso una emoción de sirena de barco náufrago sonando dramáticamente sombra y agua.

Este sonido revuelto, dolorido y opaco que sale de su pecho lo lleva a imaginar su corazón como un caracol marino en una costa solitaria esperando una boca que lo sople. Con una gran-

deza y un acento desolado, de hermosura infinita, desarrolla la imagen en el poema «Barcarola»:

...y soplaras en mi corazón de miedo frío,
soplaras en la sangre sola de mi corazón,
soplaras en su movimiento de paloma con llamas,
sonarían sus negras sílabas de sangre,
crecerían sus incesantes aguas rojas,
y sonaría, sonaría a sombras,
sonaría como la muerte,
llamaría como un tubo lleno de viento o llanto,
o una botella echando espanto a borbotones.

Esta es la especie de poesía que prefiero, porque sale del corazón y entra en él directa. Odio los juegos poéticos del solo cerebro. Quiero las manifestaciones de la sangre y no las de la razón, que lo echa a perder todo con su condición de hielo pensante.

Las cosas

¿De qué elementos prescinde Pablo Neruda? De ninguno. Es un enorme río desbordado que todo lo arrastra en su corriente turbia y tormentosa. Es la vida con sus plagas y sus tumultos animales de siempre, la tierra con su flora y su fauna, el mar con sus secretos y ahogados. Todo está en Pablo Neruda; todo lo atiende, todo lo canta. Su sangre está siempre atenta al llamamiento enamorado de las cosas que lo rodean desde los cuatro puntos cardinales. Su voz quiere responder, y se acongoja respondiendo a la de cada objeto con que tropieza. Es un amor y un dolor infinitos por todo. El mundo circula por sus venas. Su corazón es un sistema planetario de penas, recuerdos y pasiones. Las cosas, las adoradas cosas, lo atormentan y lo inundan:

Pero la verdad de pronto, el viento que azota mi pecho,
las noches de sustancia infinita caídas en mi dormitorio,
el ruido de un día que arde con sacrificio,
me piden lo profético que hay en mí con melancolía,
y un golpe de objetos que llaman sin ser respondidos,
¡ay! y un movimiento sin tregua, y un nombre confuso.

Ante su voz desmesurada y poderosa, ¡qué ridículos encuentro el romancillo, la cosita, los cuatro versos tartamudos, verba-

les, vacíos, incoloros, ingeniosos; el poemilla relamido y breve que tantos cultivan y acatan!

Estoy harto de tanto arte menor y puro. Me emociona la confusión desordenada y caótica de la Biblia, donde veo espectáculos grandes, cataclismos, desventuras, mundos revueltos, y oigo alaridos y derrumbamientos de sangre. Me revienta la vocecilla mínima que se extasía ante un chopo, le dispara cuatro versitos y cree que ya está hecho todo en poesía.

Basta de remilgos y empalagos de poetas que parecen monjas confiteras, todo primor, todo punta de dedo azucarado. Pido poetas de las dimensiones de Pablo Neruda para acabar con tanta confitura rimada.

El tiempo y la muerte

Se ciernen trágicamente la amenaza y el castigo mudos del tiempo y la muerte en la poesía de Pablo Neruda. El tiempo es para él humo silencioso, lengua hostil, polvo podrido:

...una lengua de años diferentes
del tiempo. Es una cola
de ásperas crines, unas manos de piedra llenas de ira,
y el color de las casas enmudece, y estallan
las decisiones de la arquitectura,
un pie terrible ensucia los balcones...
...todo se cubre de un sabor mortal
a retroceso y humedad y herida.

El tiempo desde el comienzo del mundo del libro, galopa, huella y destruye:

Solamente las aguas rechazan su influencia,
su color y su olor de olvidado fantasma...

El tiempo y la muerte:

Hay cementerios solos,
tumbas llenas de huesos sin sonido,
el corazón pasando un túnel
oscuro, oscuro, oscuro;
como un naufragio hacia dentro nos morimos,
como ahogarnos en el corazón,
como irnos cayendo desde la piel al alma.

El tiempo, manifestándose en el fantasma de un buque de carga, en una calle destruida, sobre la ropa en el fondo del mar:

Hay meses seriamente acumulados en una vestidura
que queremos oler llorando con los ojos cerrados,
y hay años en un solo ciego signo del agua
depositada y verde.

Y la muerte:

A lo sonoro llega la muerte
como un zapato sin pie, como un traje sin hombre,
llega a golpear con un anillo sin piedras y sin dedo.
llega a gritar sin boca, sin lengua, sin garganta.

El tiempo, que viene, odiándonos, a besarnos la frente, y nos la tizna; que cae y no se oye su caída, que pasa y no se va:

...es algo que toca y gasta apenas,
una confusa huella sin sonido ni pájaros,
un desvanecimiento de perfumes y razas.

Y la muerte:

La muerte está en los catres:
en los colchones lentos, en las frazadas negras,
vive tendida y de repente sopla:
sopla un sonido oscuro que hincha sábanas,
y hay camas navegando a un puerto
en donde está esperando, vestida de almirante.

El tiempo y la muerte, golpeándolo y exterminándolo todo en silencio inútilmente, porque

Ahí están, ahí están
los besos arrastrados por el polvo junto a un triste navío,
ahí están las sonrisas desaparecidas, los trajes que una
[mano sacude llamando al alba:
parece que la boca de la muerte no quiere morder rostros,
dedos, palabras, ojos:
ahí están otra vez, como grandes peces que completan el
[cielo
con su azul material vagamente invencible.

Con estos versos nostálgicos y rotundos acaba **Residencia en la tierra,** libro de proporciones, valor e importancia definiti-

vos, que, revolucionario de aspecto y eterno de voz, viene a empequeñecer y derribar cosas consideradas hasta hoy como grandes y resistentes.

(Folletones de EL SOL
Madrid, 2 de enero de 1936)